

# De piso a piso

novela con ascensor

ECOE EDICIONES

Robert Marcuse



## **ROBERT MARCUSE**

Si bien nació en Bélgica, Robert Marcuse vivió sucesivamente en Palestina, Holanda, Uruguay, Argentina, Venezuela, Estados Unidos de América y Perú. Escribe principalmente en español, aunque domina también el francés y el inglés.

Siguió los pasos de su padre que fue banquero y poeta. Fue banquero por profesión y escritor por vocación. Escribió varios libros exitosos sobre temas financieros y económicos (dos de los cuales han sido publicados por Ecoe Ediciones), pero nunca abandonó la literatura, produciendo cuentos, ensayos y novelas.

Su primera novela, *Con la punta del dedo*, relata las experiencias que vivió de niño durante la Segunda Guerra Mundial; la segunda, *También, también...la danza de las opciones*, fue escrita con una gran dosis de humor sobre un tema original, es de pura ficción. En esta tercera novela, Marcuse vuelve a ofrecer una visión existencialista y muy particular acerca de nuestro mundo y de nuestra lucha por sobrevivir.





*DE PISO A PISO*  
Novela con ascensor

ROBERT MARCUSE

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia  
Marcuse, Robert Jacques, 1930-

De piso a piso : novela con ascensor / Robert Marcuse.  
-- 1<sup>a</sup>. ed. -- Bogotá : Ecoe Ediciones, 2010.  
260 p. ; 21 cm. – (Literatura. Novela)

ISBN 978-958-648-693-4

1. Novela Belga - Siglo XXI I. Título II. Serie

CDD: B843.34 ed. 20

CO-BoBN- a744846

Primera Edición: Bogotá, D.C., 2011

ISBN 978-958-648-693-4

© Robert Marcuse

E-mail: rmarcuse@bellsouth.net

Ecoe Ediciones Ltda.

E-mail: correo@ecoediciones.com

www.ecoediciones.com

Carrera 19 No. 63C-32, Pbx. 2481449, fax. 3461741

Coordinación editorial: Alexander Acosta Quintero

Autoedición: Yolanda Madero T.

Carátula: Raúl Rodríguez

Impresión: Litoperla Impresores Ltda.

Cra. 25 No. 8-81, Tel.: 3711916

*Impreso y hecho en Colombia*

*“A Aída con todo mi amor”*



## *Planta baja*

A nochece todos los días de la semana. A veces, el sol prende fuego a las nubes que se van consumiendo lentamente, hasta convertirse en bufandas de luto. Cuando el sol se ahoga en el mar, el agua hierva y surgen burbujas ensangrentadas. Otras veces, después de un día triste y pesado de lluvia, el cielo pasa imperceptiblemente de gris a gris oscuro y la noche cae sin que se perciba, porque sólo cambia el espesor de la negrura.

Es la hora que abre las puertas a la angustia, a las pesadillas recurrentes. Es el rito diario de la muerte de mentira, a la espera de un dudoso despertar.

Los niños sabios piden que se deje la lámpara encendida, para tener a mano la realidad, para, al abrir los ojos, recordar que han nacido y todavía son.

A Gumersindo no le gusta acostarse por la noche. Aceptó el puesto de sereno, porque sabe que es menos peligroso dormir de día.

De noche juega al solitario. De vez en cuando se pasa la mano por el cráneo, como buscando una cabellera inexistente y apenas recordada. O

se acaricia la mejilla a contrapelo. Es que se afeita una vez por semana, con lo cual no tiene ni cara ni barba. Se baña de tanto en tanto, cuando empieza a molestarle su propio olor. Pero entonces, a pesar de tener axilas frescas recién enjabonadas, el olor perdura porque su camisa arrugada sigue impregnada del sudor de la semana. Cuando alguna vez lo llaman desde un apartamento, se pone el saco y lo abotonan para encerrar las exhalaciones de su cuerpo, esperando que el saco las mantenga a raya y que no escaparán bocanadas por el cuello o por los puños de la camisa a los que siempre les faltan botones. Se caen, y él ya no tiene quien le remiende la ropa. En general los guarda sobre la mesita de luz donde se multiplican a la espera del día en que se decida a coserlos. Pero no se decide nunca, porque cuando empezó a hacerlo se pinchó los dedos y una vez cosidos, los botones ya no estaban frente a los ojales. Al final su camisa quedó más arrugada que nunca.

La vieja no le hubiese tolerado esa dejadez. Pero la vieja se murió hace como diez años y sin ella nada vale la pena. Un amigo suyo, cuando se le murió la mujer, al año se volvió a casar. Pero a Gumersindo le dio pereza. De repente todo necesitaba un esfuerzo excesivo. Tenía el gran cansancio. No fue por falta de sueño ni por tanto trabajar. Algo lo rebasó. No era hartazgo de esto o de aquello, era agotamiento de lo que fue y

nunca dejará de haber sido. Él es un ser abierto, sin protección. El mundo lo penetra a voluntad.

Siente sobre sí la acumulación de las cosas y de la gente. Fue vencido por tanto, por demasiado. No le agobia el trajín, le abruma lo inútil. Perdió hasta la fuerza de preguntar. Este letargo es respuesta. No está triste ni siente dolor alguno. Está cansado.

Hay gente así, gente que no sirve para nada, que en realidad no debería estar. Alguien se equivocó al ponerlos aquí. Van y vienen sin rumbo, sin destino. No agregan nada, ni belleza ni fealdad. Pasan sin percibir y sin ser percibidos. Son una pérdida de tiempo, un desperdicio, un error sin consecuencia. A nadie le importan ni preocupan. Para ellos la pregunta es sólo no ser o no ser, sin alternativa alguna.

Para colmo él se apellida Pérez. Eso no es grave, mucha gente se llama Pérez y sobrevive. Pero Gumersindo, ¿a quién se le ocurre llamarse Gumersindo? Y como solo es sereno, que, al fin y al cabo, es un portero nocturno, nadie lo llama señor Pérez, lo llaman por su nombre: “Gumersindo, si el cartero trae un paquete para mí, ¿me lo podrá subir por favor?”. Y le dicen de “usted”, no por respeto, sino para mantener la distancia, para dejar bien claro que a ningún propietario o inquilino, del piso uno al piso dieciocho, se le ocurriría tutejar a un sereno, que ese tratamiento se reserva a los

iguales. A él lo pueden tutear el cartero, el canillita, las sirvientas y los demás accesorios.

Gumersindo fue plantado a la entrada del edificio como se planta un espantapájaros en un campo. Está su puesto en asegurar la seguridad, vigilar para que los de arriba puedan dormir. Sus hombros se hunden bajo el peso de la responsabilidad, de la vejez y del tedio. Tiene un revólver en un cajón. Pero si alguna noche llegan los asaltantes, no lo tocará, porque es pesado, frío, y si lo ven, lo matarán. Claro que puede apretar el botón de la alarma. Varias veces, muerto de aburrimiento, tuvo la tentación de hacerlo, sólo para ver qué pasaría. Seguramente se produciría un pánico loco. Pero perdería el empleo, su pan de cada día, y aún vegetando hay que comer.

Es curioso eso de la muerte. La vieja quería vivir a toda costa. Se aferró a la vida hasta el último momento, con las manos crispadas, agarradas de las sábanas salvavidas. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. El aire dejó de penetrar en sus pulmones y la sangre de fluir a su corazón. Gumersindo trata de recordar a la de antes, pero sólo logra ver su mueca final, definitiva. Cuando ella falleció a él no le hubiera importado morir también, pero por razones misteriosas no le tocaba, y aún sigue sin tocarle. Probablemente lo olvidaron allí arriba; él es tan lento y silencioso que es bien fácil olvidarlo. A esta altura del partido perdió todo deseo, ya ni

siquiera quiere morir. Entonces, discreto, no hace ruido para no llamar la atención. Porque quiere seguir así, sin motivo, sin propósito, haciendo nada y, aunque ya esté muerto, sobrevivir. Sin embargo no debe faltar mucho, porque cuando el Doctor Morandi le dijo: “Gurmesindo no arrastre los pies”, él contestó: “No los arrastro, es el suelo que se me pega a los zapatos”.



## *Primer piso*

La familia Mercantino vive aplastada por el peso de todo el edificio. Ruperto Mercantino tiene apenas cuarenta y cinco años, pero ya camina encorvado como un viejo. Es que hace mucho que su columna vertebral soporta la presión enorme del cemento y se fue deformando poco a poco. A su esposa Magdalena, que es más bajita, las toneladas de concreto no le afectaron la estatura, pero la ensancharon. Para no preocuparse por el techo, su cuerpo creció hacia las paredes laterales. Cuando le comentan que tiene unos kilos de más, contesta: “No soy gorda, lo que pasa es que mi constitución es ancha”. Los niños, Carlitos de ocho años e Isabel de cinco, notan que el techo está cada día un poco más cerca de sus cabezas, pero no saben si es porque el techo baja o porque ellos crecen. El arquitecto hizo todos los pisos igual, todos tienen la misma altura y son inamovibles. Eso es lo que dicen los planos, las cifras, los metros y los centímetros. Además, salvo los ascensores, nada sube ni baja en el inmueble. Éste sólo tiene cierta

flexibilidad hacia los costados. Puede balancearse un poco, para no partirse como rama seca si lo ataca un huracán. Pero ni crece, ni se achica. Eso es seguro, excepto en la mente de los Mercantino.

A pesar de que Ruperto tiene una posición de cierta importancia en el Banco del Ahorrista Sonriente, los habitantes de los pisos altos, especialmente los del piso diez para arriba, lo saludan con cierta condescendencia. En realidad, no lo consideran un vecino verdadero, porque frecuenta poco el ascensor. Para colmo, saben que no es propietario sino inquilino. Esto constituye una diferencia social enorme. ¿Vale la pena frecuentar a alguien que en cualquier momento puede mudarse?

Sin embargo, vivir en un primer piso también tiene ventajas. En caso de incendio uno es el primero en poder salir a la calle. Ruperto es una buena persona, pero ni siquiera las personas buenas pueden controlar sus malos pensamientos. A veces imagina oír el lamento de la alarma, y visualiza la debacle allí arriba, con los ascensores parados y el humo trepando por las escaleras. Gente en pijamas y camisones, agitándose, tosiendo, ahogándose. Y más tarde, ya sin escapatoria, gente tirándose de los balcones, cayendo al pavimento como muñecos desarticulados. ¡Qué horror! piensa Ruperto, esbozando una sonrisa.

En la escuela, los niños que todavía no conocen las reglas del esnobismo, porque éstas no son

genéticas, se vanaglorian de vivir en un primer piso. Enarbolan el hecho orgullosamente frente a sus compañeros envidiosos. Después de todo, es como ser primero de la clase, número uno del tenis mundial, o el primer hombre sobre la luna.

En cuanto al apartamento, su única frustración es la de no poder hablar y decirles a los Mercantino que es tan sólido como los apartamentos de los pisos altos y no tiene nada que envidiarles. Además, no le gustaría estar allí arriba, le daría vértigo.

El apartamento sabe que vivirá mucho más que sus habitantes y que si algún día ha de sucumbir será cuando derrumben el edificio para edificar una torre más alta, cuando lo bombardeen en una guerra, o cuando lo destruyan terroristas que odian todo lo construido. Pero ese día, estén donde estén, los apartamentos sufrirán la misma suerte.

El edificio se llama “El Palacio”, nombre que, narcisista, se adjudicó con bombos y platillos. Si fuese un verdadero palacio no necesitaría llamarse así. Por ende no sorprende que su salón de entrada, sus pasillos y todos los espacios comunes sean un compendio del peor gusto. Los muebles son antigüedades recientes. En los floreros las flores de plástico no se marchitan nunca. Sobre una mesita una tortuga de bronce camina lentamente y en otra, dos pelícanos no terminan de levantar el vuelo. Todo esto, para que nadie se olvide que

el mar está cerca, y que, de algunas ventanas de los últimos pisos, hasta pueden verlo.

En el banco, Ruperto es el jefe del servicio de créditos documentarios. Pero cuando camina por los pasillos, los clientes lo toman por un cajero; quizás porque tiene la espalda encorvada. Nadie sabe que esto no se debe a contar billetes, sino simplemente a vivir apretujado en el primer piso del edificio “El Palacio”.

## *Segundo piso*

**H**ay quien cree que no existen diferencias entre un primer y un segundo piso. No es así. Caerse desde el balcón de un segundo piso es mucho más peligroso que caerse desde el primero.

Pero Raimundo Pocatierra no pensó en eso cuando compró su apartamento en el edificio “El Palacio”. En aquel tiempo el mercado inmobiliario estaba en pleno auge, había que decidirse rápido o se perdía la oportunidad. En realidad, le habían ofrecido el cuarto piso, lo que era más interesante, porque es sabido que en un condominio, cuanto más alto se está mejor. Pero por pensar lo demasiado perdió ese apartamento y tuvo que contentarse con el del segundo piso.

Ahora hay un apartamento en venta en el edificio, y hace tiempo que está vacío. Eso es por la recesión; ya nada se vende. Mucha gente está sin trabajo y sin dinero. Cada día hay más mendigos por las calles. Algunos piden limosnas para poder emborracharse, para comprar droga, o a veces para comer. No importa, todos son desgraciados, infelices, en el

verdadero sentido de la palabra. Es lógico que un hombre agraciado y feliz como Raimundo, les dé algún dinero al paso, no porque ellos se lo merezcan, ni porque se sienta obligado a ello, sino por si acaso alguien lo observa. Suele dejar caer un billete o unas monedas en las manos tendidas, cuidándose de no tocarlas nunca, convencido de que la miseria es contagiosa.

Soltero, de pelo negro engominado y bigotito bien recortado, se las da de mujeriego. En realidad, son pocas las mujeres que ha logrado convencer de subir hasta su piso por la escalera.

Pero la mayor ambición de Raimundo Pocatierra es llegar a ser alguien. Como todo el mundo, empezó su vida siendo nada. Poco a poco, con persistencia y fuerza de voluntad logró ser algo, y luego, con el tiempo, consiguió ser una persona. Eso no logra satisfacerlo, porque para ser “alguien” hay que ser una persona más importante que las demás.

En los artículos que escribe en el diario quiere que aparezca su nombre debajo de los títulos. En el edificio, quiere integrar el comité directivo. Tarde o temprano lo logrará, si sigue publicando comentarios elogiosos sobre las empresas o las obras que realizan los dueños de los pisos altos. Con sus halagos vencerá los prejuicios que tiene esa gente hacia los ocupantes de los pisos bajos.

Su carrera periodística generó en él un cinismo que empezó como una pose y se convirtió en un

traje de medida, en un caparazón indispensable para el oficio. Es que sólo las malas noticias interesan al público, y para sobrevivir en ese mar de tragedias sórdidas, para nadar en medio de lágrimas y sangre, hay que ser cínico. Hasta en sus pensamientos, Raimundo usa frases rimbombantes. En realidad sabe que el mundo, más que en sangre y lágrimas, nada en mierda, como los condenados en la piscina del infierno.

Raimundo empezó escribiendo para la página deportiva, luego se convirtió en crítico de cine. Ahora, el periódico publica sus comentarios económicos. No es que sepa mucho de economía, pero, a decir verdad, tampoco sabía mucho de deporte, ni de cine. Muy pronto descubrió que no es esencial ni necesario dominar el tema tratado. Basta con hacerles creer a los lectores que uno lo conoce a fondo, pues, por lo general, ellos saben aún menos que uno al respecto. Para eso alcanza con salpicar las frases de palabras técnicas, desconocidas por la mayoría de ellos, y bañarlas en lugares comunes, para que las puedan digerir.

Por la mañana, esté apurado o no, en vez de usar las escaleras prefiere esperar al ascensor buenos días, y al regresar al ascensor, buenas noches. Es la única ocasión que se le ofrece de sonreír unas palabras con sus vecinos. Desgraciadamente el trayecto es corto. A veces al subir se hace el distraído y simula olvidarse de apretar el botón del segundo piso.

– ¡Caramba, otra vez! No, no, deje no más. Total, lo acompañó hasta su piso, no tengo apuro.

Eso le da ocasión de presentarse e iniciar una conversación.

– ¿Tengo entendido que usted tiene una casa de cambios? Qué interesante. Un día de estos, me gustaría entrevistarla, porque estoy preparando un artículo para la página económica del domingo. ¿Le parece bien?

Una solicitud de entrevista siempre halaga. Las personas prefieren olvidar que el halago no es gratuito.

En un edificio como éste vive mucha gente y Raimundo quiere conocer a todos sus habitantes, saber cuáles son sus ocupaciones, sus costumbres, sus caracteres y, sobre todo, sus debilidades. Para eso necesita una fuente de informaciones fidedignas y ésta se la provee Gumersindo. Cuando regresa tarde de la oficina, Raimundo siempre se detiene a charlar un rato con el sereno. A veces le trae una tableta de chocolate amargo, el único alimento que tienta a un Gumersindo inapetente. Pero sobre todo, le nutre el alma a este ser solitario, tan hambriento de amistad que ya no distingue lo verdadero de lo falso.

## *Tercer piso*

La señora Dulce Escarapela de Piemonte falleció hace apenas una semana. No estaba realmente enferma. Sus hijos ya no vivían con ella en el apartamento. Gabriela porque se casó y Pedro porque quiso terminar sus estudios en los Estados Unidos. Después murió su esposo. Eso no estaba previsto, ella siempre pensó irse primero. Y a partir de entonces el apartamento le quedó grande. Comía para consolarse y engordaba porque su cuerpo no entendía la diferencia entre comer por gula y comer por tristeza. Aún así no logró llenar los vacíos que tantas partidas habían dejado. No le quedó otra alternativa que morirse ella también.

Para el velatorio se reunió toda la familia. Además de los hijos, vinieron hermanos, tíos y primos. El único que no asistió fue el marido, porque la esperaba allá arriba. Todos intercambiaron unos “cuánto lo siento”, “que buena persona era”, “mi sincero pésame”, “nadie pensó que”, “todavía era joven”, “siempre se van los mejores”, suspiros profundos, pañuelos, murmullos discretos, miradas de reojo a relojes testarudos que no dejan pasar el tiempo.

Hasta que alguien se despide y se produce la huida general. Todos se van apresurados a hacer lo que debe hacer la gente que está viva.

El apartamento queda vacío, a la espera de que algún mueble cruja. Sólo quedan nubecillas de aire ya respirado, soso y dulzón. Restos de aliento cuelgan de los muebles como telarañas olorosas. Hay recuerdos sentados en un sillón y otros pegados a la pared. Quedan trazas apenas discernibles de pensamientos efímeros. El descorazonamiento no logra diluirse en el tiempo. Pasa una sombra transparente, tan tenue que parece el fantasma de un fantasma. Reina una sensación de ausencia y una tristeza vaga, sin razón y sin meta.

Los muebles se miran y se miran. De pie, el reloj renuncia a su papel de corazón. Ya no laten los segundos ni suenan las horas. Su péndulo inmóvil contempla consternado las pesas dormidas a ras de suelo.

Contra la ventana, una mosca, prisionera distraída, pizca de vida, zumba su angustia. Pero el vidrio duro y frío es sólo ilusión de espacio.

Esos son los habitantes del tercer piso: muebles, alfombras, cuadros, platería y un pececito colorado que flota panza arriba, porque nadie le cambió el agua ni le dio de comer. Todos retienen la respiración, para gozar del silencio mientras dure. Saben que fueron fabricados por humanos torpes y bulliciosos. Viven en un apartamento ajeno, ideado

para el confort de hombres, mujeres y niños, al que pronto volverá el ruido.

Los humanos creen que las sensaciones son sentimientos y las ideas son pensamientos. Pero las ideas se prenden y se apagan como chispas y, por ser tan veloces, no pueden ser verdad. Los objetos perduran porque se mueven poco, reflexionan mucho y les toma un tiempo largo llegar a una conclusión.

A veces se oyen voces que perforan el techo. No son personas, son sonidos que salen de un televisor. Son ruidos de mentira emitidos por un objeto renegado. Los sonidos de afuera se oyen mucho más desde que aquí reina el silencio. También llega desde abajo la conversación que Raimundo mantiene con una persona escondida en el teléfono. Es que en el mundo moderno se están rompiendo todas las barreras. Todo parece permitido, está legalizado. Las máquinas actúan como personas y las personas se asemejan a las máquinas. A los objetos antiguos les cuesta admitir esta promiscuidad. Conservadores por naturaleza, se sienten confundidos y ofuscados por el libertinaje de las cosas nuevas que ya no saben mantenerse en su lugar y se creen que todo es permitido. Si el mundo sigue así, pronto se verán objetos dando a luz, y hombres haciendo el amor con una bicicleta o un tractor.

A través de los años, los muebles adquieren costumbres inamovibles. Una vez que encontraron

su ubicación ya no quieren moverse ni que los muevan. Adoptan una pared, un nicho o un rincón. Nada les causa mayor ansiedad que la perspectiva de un cambio o (¡horror!) de una mudanza.

Los más viejos, asentados y somnolientos, presienten tales acontecimientos por la agitación previa que los rodea. Su angustia y la imposibilidad de expresarla los tortura con anticipación a los hechos.

Encontrarse después de ser transportados y maltratados, en un lugar desconocido, los desconcierta totalmente. Les toma años en reponerse y adoptar su nuevo ambiente. A veces no lo logran nunca.

Pero quizás les resulta peor todavía la introducción en su medio de un intruso, de un mueble nuevo arrogante y falto de educación. Porque cuando los mueven de una casa a otra, por lo menos quedan en familia, y la presencia de los demás los tranquiliza. Pero la presencia indeseada e innecesaria de un desconocido les resulta intolerable.